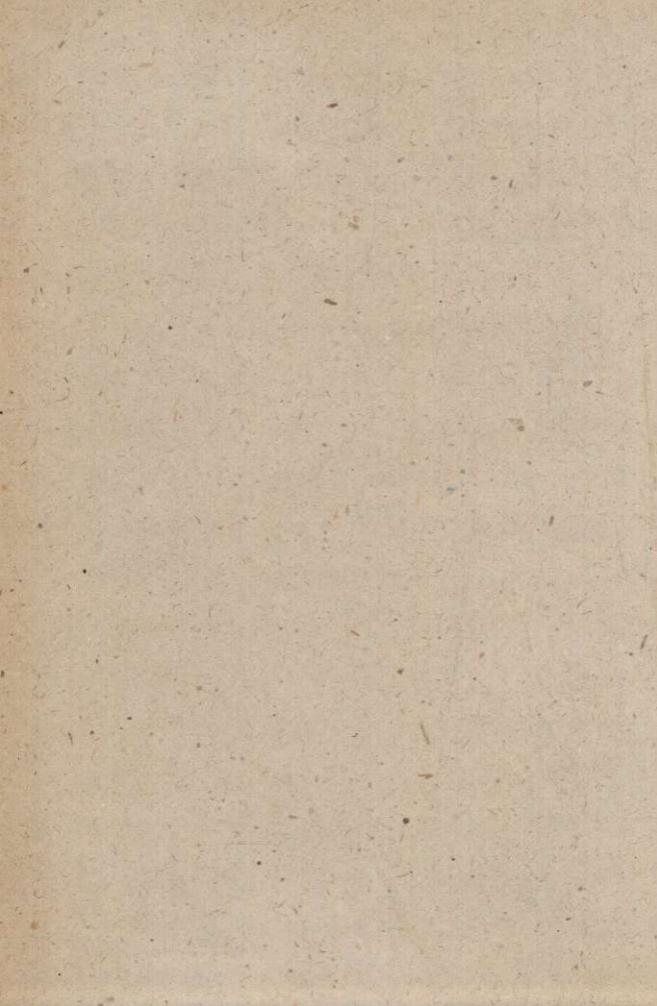


9005





RAPSODIAS

## Obras de Francisco Villaespesa.

---

### POESÍAS

- «Intimidades» (tercera edición) agotada.
- «Flores de almendro» (segunda edición) idem.
- «Luchas» (tercera edición) idem.
- «Confidencias» (edición única) idem.
- «La copa del Rey de Thule» (segunda edición) 2 ptas.
- «El alto de los bohemios» agotada.
- «Rapsodias».

### EN Prensa

- «Orfeo» (poesías).
- «La hermana» (novela).

### EN PREPARACIÓN

- «Tristitia Rerum» (poesías).
- «Vida y Arte» (críticas).
- «Astarté» (novela).
- «Para los humildes» (cuentos).
- «César Borgia» (poema dramático).
- Intermezzo «La Quimera» (traducciones de Gabriel D'Annunzio).
- «Poesías escogidas» (traducciones de Eugenio de Castro).

R/6003

DL-R-166

FRANCISCO VILLAESPESA—OBRAS



# RAPSODIAS

(POESÍAS)

MADRID

IMP. DE VALERO DIAZ

Preciados, 32, y Madera, 3 y 7

1905

---

ES PROPIEDAD

---

DEDICATORIA



## DEDICATORIA

A CARMEN NEVADO

En esas horas íntimas de gran recogimiento,  
cuando escuchamos hasta girar agonizante,  
en torno de la lámpara que alumbra vacilante,  
como una mariposa un vago pensamiento.

Cuando en la mano helada de una tristeza inmensa,  
el corazón sentimos temblar aprisionado  
con un latir medroso de pájaro asustado  
y el alma está en la pluma, sobre el papel suspensa.

Cuando en el gran silencio nocturno se percibe  
el hálito más ténue, el son más fugitivo,  
y se funden en uno los cien ecos dispersos,

alguien dice á mi oído, con voz muy baja: ¡Escribe!  
y yo, entonces, llorando y sin saberlo, escribo  
esas cosas tan tristes que algunos llaman versos.

Mérida, Agosto 1904.

# LAS NIÑAS GRISES

Á AUGUSTO DE CASTRO

El sol apagaba sus rojos fulgores  
tiñendo de rosa las cumbres lejanas,  
cuando por el parque cubierto de flores  
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,  
con los ojos tímidos fijos en el suelo,  
como si pidiesen para su tristeza  
á la tierra madre, ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerosas,  
en largas y grises hileras iguales...  
y sus rostros pálidos semejaban rosas,  
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida  
sin hallar un nido donde las esperen...  
Triste es su llegada, triste es su partida,  
y llorando nacen y llorando mueren,

En la noche nadie vigila su sueño.  
Sólo cuando cierran los ojos dolientes  
baja el melancólico Angel del Ensueño,  
separa sus rizos y besa sus frentes.

Viven en la sombra... Pálidas violetas  
que en el negro fango del vicio crecieron...  
No se alegran nunca... ¡Besemos, poetas,  
esos tristes labios que jamás rieron!

La amargura vela su mirada grave.  
Son cuerpos de niñas con almas de ancianas...  
Sigamos sus pasos con amor. ¡Quién sabe  
si son nuestras hijas ó nuestras hermanas?...

El eco del *Angelus* resuena á lo lejos.  
Todas se arrodillan y rezan en coro,  
y del sol poniente los vagos reflejos  
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

Madrid, Mayo 1933



# MEDIODÍA

Á MARIO RAPIARDI

Ciegos horizontes...  
Humean los montes  
entre la calina  
de sol. Una hoguera  
de polvo es el llano...  
El aire calcina...  
En la carretera  
el eje de un carro lejano  
rechina.

Llanura desierta...  
¡Pobre tierra muerta!  
Arido paisaje  
sin sombras ni viento...  
Sólo algún perdido  
árbol retorcido  
dobla su ramaje  
seco y polvoriento.

Abrasa la planta  
la fiebre del suelo.  
Es de plomo el cielo.  
La cigarra canta  
su monotonía...

Bajo el sol ardiente  
sueña el alma mía  
—sola en el camino—  
con el claro chorro del agua bullente  
que salta espumosa,  
la fresca y umbrosa  
presa del molino...

Ciegos horizontes...  
Humean los montes  
entre la calina  
del sol. Una hoguera  
de polvo es el llano...  
El aire calcina...  
En la carretera  
el eje de un carro lejano  
rechina.

Madrid, Junio 1903



# NOCTURNO

Á ENRICO CORRADINI

Una oración se eleva del jardín. En alguna senda, se apaga el eco de unos pasos distantes y de los negros árboles las sombras ondulantes, tiemblan sobre el movible cristal de la laguna.

En el fondo del parque melancólico, en una escala monotóna de notas vacilantes, el surtidor aventa su polvo de diamantes, temblando bajo el pálido resplandor de la luna.

El alma solitaria de Chopin, de una mano enferma á las caricias, preludia en el piano los líricos sollozos de su melancolía.

Se duerme entre las teclas la mano evocadora. La última luz se apaga, y en la selva sombría palpita la voz trémula de una fuente que llora.

Aranjuez, Diciembre 1902.

# NIEVE

Á FRANCESCO PASTONCHI

Ni una brisa mueve  
la yerta enramada...

La nieve  
desciende callada  
sobre la llanura.  
Reina en la casita  
—bajo la nevada—  
la paz infinita  
de una sepultura.

No turba la senda deslerta  
ni el vuelo de un ave.,  
Rechina una llave;  
se entreabre una puerta;  
y entre la neblina  
gris de la mañana  
vibra la argentina  
voz de una campana  
lejana...

La nevada, ciega...  
Por aquel sendero  
temerosa llega  
la visión que espero.  
Y sobre el paisaje  
cubierto de bruma  
se pierde y se estuma  
lo blanco del traje.

FRANCISCO VILLAESPESA

---

Ni una brisa mueve  
la yerta enramada.

La nieve  
desciende callada  
sobre la llanura.  
Reina en la casita  
—bajo la nevada—  
la paz infinita  
de una sepultura.

Aranjuez, Diciembre 1902.





# LA CIUDAD MUERTA

A GUERRA, JUNQUEIRO

¡Oh, la ciudad sin vida,  
la vieja ciudad muerta,  
que á la luna como un abandonado  
cementerio blanquea!

Las calles silenciosas.

Como tumbas  
son las casas. Las puertas,  
las ventanas, cerradas. . .

Ni una sombra,  
ni una luz ni una queja.

El musgo crece en las ruinosas plazas,  
las fuentes están secas.

El tiempo se ha dormido en los relojes  
de las viejas iglesias,  
que en la noche la inmensa pesadumbre  
de sus moles fantásticas proyectan.

Silencio secular... ciudad sin vida...

Elegía de piedra  
que llora el abandono de una raza,  
que á Dios orando, la rodilla en tierra,  
sintió sonar la triste campanada  
de su hora postrera!

¡Oh, la ciudad sin vida,  
la vieja ciudad muerta  
que á la luna, como un abandonado  
cementerio, blanquea!

Toledo, Septiembre 1904.

## VENUS DE MILO

Á JOSÉ BUYLLA

De la Grecia y de Italia bajo los claros cielos  
en tu honor se entonaron los más dulces cantares,  
y ofrecieron las vírgenes al pie de tus altares  
las tórtolas más blancas y sus más ricos velos.

Hoy triste y solitaria en el parque sombrío,  
carcomida y musgosa, los brazos mutilados,  
bajo la pesadumbre de los cielos nublados  
el mármol de tu carne se extremece de frío.

¿Donde se alzan ahora tus templos, Afrodita?  
Ya la Panida flauta en los bosques no invita  
á danzar á los sátiros danzas voluptuosas.

Ha huído la Alegría, ha muerto la Belleza.  
No hay risas en los labios y una inmensa tristeza  
cubre como un sudario las almas y las cosas.

Porto, Agosto 1904.

# LA FUENTE

Á ANGIOLO ORVIETO

Modula su queja  
de cristal doliente,  
la fuente...

Una fuente vieja  
de piedra musgosa,  
que entre la espesura  
surge temblorosa,  
ébria de frescura...

Habla el agua, gime,  
rie vacilante...

—Voz del agua, dime  
tu canción errante.—

La fuente se queja,  
llora, se estremece  
de dolor... Parece  
que hablando se aleja.

Nombres olvidados  
de viejos amores;  
lejanos rumores  
de besos callados...  
Todo eso que llora  
fugaz é incoherente,  
lo repite ahora  
la voz de la fuente...

Lo escucho en la queja  
de cristal, doliente,  
que gime la fuente...  
Una fuente vieja  
de piedra musgosa,  
que entre la espesura  
surge temblorosa,  
ébria de frescura.

Madrid, Enero 1903



# MISTICA

Á RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Ni la más leve nube empaña el firmamento.  
En el cielo azuloso, profundo y transparente,  
envuelta en el dorado nimbo del sol poniente  
se destaca la rígida silueta del convento.

Silencio... Ni una hoja se extremece en el viento.  
Todo duerme en la calma de la tarde silente.  
Se oye crecer el musgo y en el alma se siente,  
abrirse como un cáliz un dulce pensamiento.

Nuestra única esperanza vaga en los corredores  
del claustro. De rodillas escucha los clamores  
del órgano que entona respuestas funerarios.

Y bendice á los monjes que en estas tardes puras  
cavan, lentos y graves, sus propias sepulturas  
al pie de los inmóviles cipreses solitarios.

Granada. Junio 1904.



## PAVANA

A JULIO DANTAS

Sobre la vieja clave,  
pálida mano blanca  
toda llena de joyas,  
preludia una pavana.

Un rumor de abanicos,  
de encajes y de gasas,  
al despertar la música  
en el salón se apaga.

Los muebles quedan solos...  
Y riman las casacas  
bordadas con la seda  
pomposa de las faldas.

Y envuelta en la humareda  
de luz de las arañas,  
dentro de las floridas  
cornucopias doradas,  
ceremoniosamente  
se refleja una vaga  
inclinación de lentas  
pelucas empolvadas...

Sobre la vieja clave,  
pálida mano blanca  
toda llena de joyas,  
preludia una pavana.

# LA MUERTE DEL SÁTIRO

AL CONDE D' ARNOSO

Llueve... En el viejo bosque de ramaje amarillo  
y grises troncos húmedos, que apenas mueve el viento,  
bajo una encina, un sátiro de rostro macilento,  
canciones otoñales silba en su caramillo.

De vejez muere... Cruzan por sus ojos sin brillo  
las sombras fugitivas de algún presentimiento,  
y entre los dedos débiles el rústico instrumento  
sigue llorando un aire monótono y sencillo.

---

Es una triste música; vieja canción que evoca á aquel beso primero que arrebató á la boca de una ninfa, en el claro del bosque sorprendida.

Su cuerpo vacilante se rinde bajo el peso de la Muerte, y el último suspiro de su vida tiembla en el caramillo como si fuese un beso.

Sevilla, Septiembre 1904.

# GRANADA

A ANTONIO PATRICIO

Humana grandeza,  
orgullo, belleza,  
poder, sentimiento...  
todo, todo es viento,  
humo que se vá!...

En los viejos muros,  
con trazos seguros  
un día lejano  
lo esculpió una mano  
que ni polvo es ya...

Lo saben las flores  
y los ruiseñores.  
El ciprés lo siente;  
lo dice la fuente:  
¡No hay más Dios que Alah!

¡Plantar quiso en vano  
su cruz el cristiano  
en tus torres... Nada...  
Granada es Granada,...  
siempre lo será!

Lo saben las flores  
y los ruiseñores.  
El ciprés lo siente;  
lo dice la fuente:  
¡No hay más dios que Alah!



# LA CANCIÓN DE LA VIDA

Á JUAN HÉCTOR

El eco melancólico de mi canción doliente  
ahora, no hará que inclines la pensativa frente  
sobre el devocionario de las meditaciones.  
Un himno de alegría entra por los balcones.

Flamean las cortinas cual banderas triunfales,  
los espejos reflejan paisajes orientales;

y al beso de las tibias brisas llenas de aromas,  
semejan las cuartillas bandadas de palomas

blancas que, aleteando, quieren alzar el vuelo  
para cantar la vida bajo el azul del cielo.

En el aire hay caricias. La campiña está en fiesta,  
un incendio de púrpura llamea en la floresta;

y revoloteando en las torres vecinas  
parece que me hablan de amor, las golondrinas.

¡Abandona, poeta, castillos medioevales  
donde, encantadas, sueñan princesas ideales:

ojos sin sol, de vidrio; mano que puede apenas  
sostener una mística guirnalda de azucenas!...

Canta ese amor ligero, ese amor que no deja  
más que un *fru-fru* de encajes y seda que se aleja,

un recuerdo suave, una leve fragancia,  
y el eco de una risa vibrando en nuestra estancia.

La mujer que al acaso hallaste en tu jornada,  
su lasciva cabeza reclina en la almohada,

y entreabiertos los labios y palpitante el pecho,  
desnuda y temblorosa se te ofrece en el lecho...

¡Gózala intensamente!... Esa desconocida  
que el azar á tus brazos ha arrojado, es la vida.

Mañana será otra, igual ó diferente,  
morena, rubia ó pálida, insensible ó ardiente...

Será acaso más bella, quizá será más loca...  
¡darás el mismo beso, aunque en distinta boca!

La inconstancia de una en brazos de otra olvida...  
Ama, bebe y alégrate. Es un festín la vida.

Sonríe eternamente—es un sabio consejo—  
al placer como un niño y al dolor como un viejo.

El sol como una inmensa y lúbrica mirada  
incendia en un relámpago de luz á la enramada.

Calla el pájaro, apaga la fuente su lamento  
y se besan los árboles, á los besos del viento...

No llores sobre el féretro de olvidados amores...  
¡Ven al jardín, aun quedan en los rosales flores!

¡Aun hay nidos y tálamos entre el ramaje espeso,  
y labios en flor, dignos de recibir tu beso!

Sevilla, Septiembre. 1904

# ¡PIETÁ, SIGNOR!

A FRANCESCO ROCCHI

¡Pietá, signor! la música  
solloza.

¡Pietá, signor! murmura  
una voz angustiosa  
que arrodillada, al cielo  
misericordia implora.

Es el grito del náufrago  
que undido entre las olas  
su mano alza, buscando  
la tabla salvadora.

Es el grito de un alma  
que gime temerosa  
viéndose en el silencio  
amenazada y sola...  
¡Amada! Sé tú siempre  
bondad, misericordia.  
Arrodillada reza  
por todos los que lloran,  
por todos los que sufren,  
por esas almas solas  
que perseguidas buscan  
un refugio en tu sombra!...  
Ten siempre para ellas  
la sonrisa en la boca....  
Jamás la tierra verde  
vuelva á tornarse roja.  
El mundo entero sea  
una familia sola.

¡Pietá, signor! la música  
solloza.

¡Pietá, signor, murmura  
una voz angustiosa  
que arrodillada al cielo  
misericordia implora.

Mérida, Agosto 1904.





# FANTASÍA MORISCA

Á ALFREDO MURGA

El reló encantado  
retumba la uná.  
Bajo el plateado  
temblor de la luna  
la fuente sonora  
del patio, entretanto,  
nos cuenta el encanto  
de la reina mora.

Un dragón vigila  
su lóbrego encierro.  
La feroz pupila  
se revuelve inquieta...  
A quien mira, mata...  
La mano de hierro,  
crispada aún, sujeta  
la llave de plata.  
Lenta el agua llora,  
y la reina mora,  
sola con su llanto,  
espera el acero  
del joven guerrero  
que rompa el encanto.  
Pálida y sumisa,  
bajo una palmera,  
con su peine de oro  
y marfil, alisa  
el negro tesoro  
de su cabellera...

---

El reló encantado  
retumba la una.  
Bajo el plateado  
temblor de la luna,  
la fuente sonora  
del patio, entretanto,  
nos cuenta el encanto  
de la reina mora.

Córdoba, Julio 1904.



# LA ABUELA

A LUIGI CAPUANA

Bajo la cofia blanca, el rostro amarillento  
de la anciana sonríe á un sueño color rosa,  
mientras con mano torpe, pálida y temblorosa,  
recuerda al clavicordio un canto sonnoliento.

Como ahogados suspiros surgen de su garganta,  
de una canción antigua los ecos olvidados...  
Y los niños, el índice en los labios, parados  
en el umbral murmuran: ¡Callad!... La abuela canta!

«¡Oh, mi amor, mi esperanza, en donde estás, en donde?»  
parece que solloza la música severa...

De pronto la voz muere en un eco suave...

Los niños se aproximan, la llaman... No responde...  
Tiene el pálido rostro más blanco que la cera  
que ardiendo se consume sobre la vieja clave...

Almería, Junio 1904.

# LOS CIEGOS

Á MARIANO DE CÁVIA

Gime en los jardines  
que deshoja el viento,  
un largo lamento  
de tristes violines.

Eco de congojas  
que muere inconstante  
entre el vacilante  
temblor de las hojas.

Cruzan, tacteando,  
los mendigos ciegos  
el parque, ensayando  
sus líricos ruegos.

Y las cuerdas viejas  
suspiran, imploran...  
Parece que lloran  
olvidadas quejas.

Los ciegos caminan  
trabajosamente.  
Tropiezan; inclinan  
la pálida frente;

y se alejan lentos  
— los ojos clavados  
en sus pensamientos—  
por los encharcados

senderos, perdidos  
en una quimera,  
¡con el alma entera  
puesta en los oídos!

Pasan los violines  
su voz apagando,  
y se van quedando  
mudos los jardines.

A veces un lento  
suspiro de pena,  
lejano resuena  
temblando en el viento...

Eco de congojas  
que muere inconstante  
entre el vacilante  
temblor de las hojas.

Lisboa, Agosto 1901.



## ÉGLOGA

A POMPEO MOLMENTI

El chorro de la fuente  
borbotea en el ánfora  
de barro que se llena,  
mientras la virgen, pálida,  
su sién con mano tímida  
ciñe de rocas blancas.

El sol fulge en el chorro  
borboteante.

El ánfora  
lentamente su trémulo  
ronco rumor apaga.

En aquel mediodía  
estival caminaba  
muerto de sed...

De pronto  
sentí correr el agua,  
y contemplé en la sombra  
tranquila de las palmas,  
la fuente que, al sol, era  
cantar vivo de plata.

La virgen en su tímida  
cadera apoyó el ánfora  
y la acercó á mis labios,  
nueva Samaritana...

Yo miré enrojecerse  
sus mejillas...

Temblaban  
las manos, y su seno  
entre la tibia gasa  
de encaje como un preso  
pájaro aleteaba.

Tetuan, Mayo 1904.



# LA RUECA

Á JOLANDA

La virgen cantaba,  
la dueña dormía...  
La rueca giraba  
loca de alegría.

—“¡Cordero divino,  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones!

¡Gira, rueca mía,  
gira, gira al viento...  
Amanece el día  
de mi casamiento!

¡Hila con cuidado  
mi velo de nieve,  
que vendrá el amado  
que al altar me lleve!

Se acerca... Lo siento  
cruzar la llanura.  
Sueña la ternura  
de su voz el viento...

¡Gira, rueda loca,  
gira, gira, gira!...  
Su labio suspira  
por besar mi boca!

¡Gira, que mañana,  
cuando al alba cante  
la clara campana,  
llegará mi amante!

¡Cordero divino,  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones!»

La luz se apagaba;  
la dueña dormía;  
la virgen hilaba,  
y sólo se oía

la voz crepitante  
de la leña seca,  
¡y el loco y constante  
girar de la rueca!



# MYOSOTIS

À HENRIQUE DE MENDONÇA

El libro de mis versos tiene un registro rosa  
que señala la hora más bella de la vida...  
Es el claro recuerdo de aquella edad perdida,  
que cuanto más lejana surge más luminosa.

Es la hora en que á la sombra de algún árbol dormido  
bajo la luz dorada del sol de Primavera,  
un balbuciente y tímido labio, por vez primera,  
una frase de amores murmuró á nuestro oído.

La frase, la divina palabra, se ha olvidado...  
No sabemos que dulce labio la ha pronunciado.  
Pero queda la música de la voz, el acento

cariñoso y suave... ¡Pobre alma dolorida,  
póstrate de rodillas y besa este momento,  
el único momento dichoso de tu vida!

Porto, Agosto 1904



# LA HERMANA

A BIANCA MARÍA CAMMARANO

En tierra lejana  
tengo yo una hermana.  
Siempre en Primavera  
mi llegada espera  
tras de la ventana.

Y á la golondrina,  
que en sus rejas trina  
dice con dulzura:

—¡Por aquella espina  
que arrancaste á Cristo,  
dime si le has visto  
cruzar la llanura!—

El ave su queja  
lanza temerosa,  
y en la tarde rosa  
bajo el sol se aleja.

Desde su ventana,  
mi pálida hermana,  
pregunta al viajero  
que camina triste:  
—¡Por tu amor primero,  
dime si le viste  
por ese sendero!—  
Pero el pasajero  
su calvario sube  
y se aleja lento,

dejando una nube  
de polvo en el viento.

Desde su ventana,  
á la luna grita  
mi pálida hermana:  
—¡Por la faz bendita  
del crucificado,  
dime en que sendero  
tu rayo postrero  
su paso ha alumbrado!—  
La luna la vaga  
llanura ilumina,  
trémula declina  
y en el mar se apaga.

Acaso yo errante  
pase, vacilante  
bajo tu ventana;

y sin conocerme,  
mi pálida hermana,  
preguntas al verme  
venir tan lejano:  
—Dime, peregrino,  
¿has visto á mi hermano  
por ese camino?

Tánger, Julio, 1904

# SAMARITANA

A EUGENIO DE CASTRO

¡Es tu amor tan lejano! La blanca casa abierta  
alegra la planicie desolada y desierta.

En las grises y áridas arenas del sendero  
se hunden las polvorientas sandalias del viajero  
que, bajo un sol de plomo, camina torpemente,  
soñando con la clara frescura de una fuente...

Las palmeras del pozo, la tarde, tu pequeño  
jardín, todo aparece como á través de un sueño,  
en el que tú, sentada al borde del camino,  
ofreces, generosa, tu ánfora al peregrino  
que, apoyado en su báculo, lentamente camina  
en busca de los místicos lirios de Palestina.

Tu voz es un recuerdo: ¡Entrad hombre piadoso!  
Entrad! Bajo mi techo encontraréis reposo.

Con bálsamos de Arabia, con preciados unguentos  
yo curaré la herida de vuestros pies sangrientos.

Y de noche, desnudo el seno tembloroso,  
ungida y perfumada como para un esposo,

entreabriendo la puerta os diré, pudorosa:

«¡Entra, Amado... Te espera en su lecho, la Esposa!»

.....

Ya jamás volveremos á encontrarnos! Romero  
de un ideal ignoto, marchó sin derrotero

por esa laberíntica senda larga y oscura  
de la que no se vuelve jamás.

Una locura

me lleva de la mano, y me canta al oído  
para dormir mis penas, la canción del olvido.

Sólo recuerdo un nombre de lánguida armonía...

Una mano que tiembla, febril, entre la mía;

y una carita rosa, que, á la luz de la aurora,  
al verme de camino, en la ventana llora...

Ahora, lentos y graves, cruzarán los senderos  
áridos, caravanas de otros nuevos romeros,

que, mientras en los mares la luz del sol declina,  
marchan, cantando salmos, hacia la Palestina...

Acaso tú, sentada al borde del sendero,  
hilando los vellones de tu sueño postrero,

pienses en aquél pálido y extraño peregrino  
cuya larga silueta, más que ninguna triste,  
lentamente, á las luces de la mañana, viste  
borrarse entre las nubes de polvo del camino...

Tánger, Junio 1901.

# LA CITA

Á LUIS BÁRREDA

En la tranquila alcoba perfumada,  
aun la lámpara sueña, vacilante,  
nimbar la palidez de tu semblante  
con su suave claridad rosada.

Te presiente en la sombra la mirada,  
y el corazón espera, palpitante,  
desfallecer de amor, en el amante  
abrazo anunciador de tu llegada

Aguardo, con el alma toda oídos,  
la vaga ondulación de tus vestidos,  
de tu ágil planta la pisada incierta,

y el leve golpe tímido y lejano  
de tu pequeña y enguantada mano  
que llama—toda trémula—á mi puerta.

Almeria, Abril 1902.



# SCHERZO

À SEBASTIAO RAMALHO ORTIGAO

Junto á la dudosa  
lámpara, te espero  
leyendo...

Una rosa  
muere en un florero.

Llueve...

Lentamente  
desfilan las horas...  
¿Por qué, alma impaciente,  
cuando esperas, lloras?

La estancia desierta...  
Aun sobre el piano  
la sonata abierta  
sueña con tu mano...

Suspira en el eco  
tu voz... La almohada,  
que aún conserva el hueco  
de tu sien, espera  
la lluvia dorada  
de tu cabellera...

Y perfuma el viento  
de la vieja estancia,  
la tibia fragancia  
que exhala tu aliento.

.....

La clara y fulgente  
luz de la mañana

brilla en la ventana  
abierta...

Se siente  
lejana campana...

El libro cerrado,  
la rosa marchita...  
El reloj parado  
señala la cita...

Madrid, Marzo 1903.



# EL JARDIN TRÁGICO

Á ISAAC MUÑOZ

El silencio es tan hondo, la luz es tan bermeja,  
tán trágica pavora gravita en el ambiente,  
que el alma desolada y temerosa, siente  
anhelos de llamar á alguien que nos proteja.

Hasta la voz del agua muere en los surtidores.  
Un eco—que es un grito de agonía—nos nombra;  
y los arboles tiemblan al soplo de esa sombra  
á cuyo paso sécanse las almas y las flores.

¡Oh jardín tenebroso, término del camino,  
impenetrable y mudo lo mismo que el Destino,  
en tí muere el recuerdo, el amor, la esperanza!...

El silencio sentencia: Lo que ha sido será.  
Tu vida es una sombra de una sombra, que avanza  
sin saber donde viene, sin saber donde vá!

Alhambra, Septiembre 1904.

# PERFUME DE OTOÑO

Á ALFREDO BLANCO

La tarde se muere...  
Respira la brisa  
un triste perfume  
de rosas marchitas.

La enferma, sentada  
al balcón, se mira  
las pálidas manos  
exangües y finas.

Y al sol, en la nieve  
de los dedos, brilla  
el rubí de una  
dorada sortija.

Florece en sus labios  
amarga sonrisa;  
y una leve lágrima  
tiembla y se desliza  
lenta por las pálidas  
y enfermas mejillas.

La tarde se muere...  
Respira la brisa  
un triste perfume  
de rosas marchitas...



## ANGELUS

Á LUIGI CAPUANA

Algunas vidrieras se ven iluminadas.  
Humean los hogares. A lo lejos suspira  
una tímida flauta, y en el aire se aspira  
un húmedo perfume de rosas deshojadas.

El cárdeno horizonte va apagando su hoguera.  
Una trémula hoja descende, lenta, al suelo...  
¡Va á recoger el Angel, para elevarla al cielo,  
de la tarde que muere la plegaria postrera!

La luz se va... En las sombras del callado aposento  
aletea un murciélago, como un presentimiento  
rozando nuestra frente... Una inmensa amargura

el corazón oprime, y en tan solemne hora  
la voz de la campana parece que murmura:  
Un alma sube al cielo! Alguien se ha muerto!... ;Llora!

Quinta das Lagrimas (Coimbra), Septiembre 1964.

# FLOR DE OTOÑO

Á FELIPE TRIGO

Cuando me sonríes tras la vidriera,  
de las tibias tardes á la luz dorada,  
fatigado y triste, sobre la almohada,  
tu pálido rostro parece de cera.

Tienen tus sonrisas el lúgubre encanto  
de una flor que muere cuando á abrirse empieza,  
y hay en tus pupilas tan honda tristeza  
que, al verlas, los ojos se cubren de llanto.

Golondrina herida que abandona el nido,  
tu vuelo á la tierra se inclina ligero;  
y eres una efímera flor de invernadero  
que tan sólo vives á fuerza de cuido.

Es m' s transparente cada vez tu mano,  
más amarillenta tu faz demacrada;  
y tu voz, suspira, débil y apagada,  
como si viniese de un mundo lejano.

Ves ante tus plantas el sepulcro abierto...  
Nostalgias de antiguas primaveras sientes;  
y tus negros ojos, profundos y ardientes,  
parecen dos cirios que alumbran un muerto...

Siempre pensativa, triste y ojerosa,  
notas que la vida voluble te deja;  
y el eco angustioso de tu tós semeja  
un golpe de azada, cavando una fosa.

Vestida de olanco te pierdes, como una  
quimera de nieve, por la noche en calma,  
como si tu cuerpo fuese todo alma,  
como si tu alma fuese toda luna.

Y los caminantes exclaman, al verte  
subir de mi brazo la agreste vereda:  
—¡Pobre flor de Otoño, que poco le queda!...  
¡Lleva ya en la cara grabada la muerte!

El Pardo, Abril 1903.





## AL VOLVER Á LA ALDEA

Á LEOPOLDO ALAS

¿Quién no se ha estremecido, al volver un sendero,  
regresando á su aldea tras un largo viaje,  
oyendo en el silencio sepulcral del paisaje  
cruzar de las campanas el doble plañidero?

Se piensa, con el alma aterida de frío,  
en alguna persona querida y delicada;  
y contemplar tememos la familia enlutada  
y en la materna mesa un asiento vacío.

Y, cuando, jadeantes, á nuestro hogar llegamos,  
á los que nos abrazan, llorando, preguntamos:  
—¿Quién murió? Indiferente, alguien dice:—Fulana.

Y pensamos, entonces, con pena y simpatía  
en aquel rostro pálido que vimos cierto día  
sonreirnos, bordando, detrás de una ventana.

Sierra de la Alpujarra, Agosto 1903.

# HOJAS SECAS

Á GABRIEL MIRÓ

El jardín desierto,  
húmedo...

Las sendas  
encharcadas...

Flotan  
girones de niebla...

El parque está solo...  
La fuente se queja.  
Y olvidado sobre  
un banco de piedra

se deshoja un ramo  
de rosas.

La tierra  
aterida y húmeda  
parece una muerta  
que en la sepultura  
á pudrirse empieza...

La vida es fatiga,  
lágrimas, tristezas...  
ojos que se abren  
y ojos que se cierran...

Con las pobres almas  
lento el viento juega:  
las lleva y las trae  
igual que hojas secas!

# PAISAJE DE ENSUEÑO

Á PEDRO DE RÉPIDE CORNARO

Paisaje inverosímil de cosas increadas  
en la vida. Ese vago paisaje de oro, seda  
y perfumes flotantes, del que tan sólo queda  
un recuerdo confuso de sombras disipadas.

Las estrellas son almas. Las flores del camino  
incensarios que elevan su perfume á los cielos; \*  
y una mística ola de inefables anhelos  
suspende nuestras almas en éxtasis divino.

En todo reina un tímido silencio sobrehumano.  
Se habla con la mirada; el labio no se mueve...  
Ni el aliento más ténue, ni el rumor más pequeño.

No se besa la boca ni se estrecha la mano  
de la Amada, temiendo que al contacto más leve  
se deshaga en la espuma fugitiva del sueño.

Lisboa, Agosto 1904.



# CREPÚSCULO

Á ADELAIDE BERNARDINI

En la paz inefable  
de la luz que se apaga,  
humildemente sube  
al cielo una plegaria  
de humo, mientras, ahogando  
su son en la distancia,  
resuena, lento, el golpe  
monótono del hacha.

Yo siento una tristeza  
infinita y huraña,  
recordando la cuna  
de los niños, ... la caja  
donde el último sueño  
duerme la vida humana.

Ella, el triste crepúsculo  
contempla, muda y pálida.  
Y ténue el viento mueve  
lentamente las páginas  
de un libro, que, olvidado  
yace sobre su falda.

En la paz inefable  
de la luz que se apaga,  
humildemente sube  
al cielo una plegaria

de humo, mientras, ahogando  
su son en la distancia,  
resuena, lento, el golpe  
monótono del hacha.

Madrid, Octubre 1902.



# LA CANCIÓN DEL REGRESO

A ABEL BOTELHO

La luz alborea...

Entre húmedas rosas  
la casa blanquea...

Por sendas brumosas  
se esfuman borrosas  
siluetas.

Resuenan  
confusos rumores  
de voces lejanas...

Metálicas suenan  
las claras campanas...

Entre nubes de polvo, desciende  
un rebaño.

Hiende  
el espacio la alondra sonora.

Ladra un mastín, olfateando  
los zarzales en flor del camino...

Canta una voz tímida y una niña llora  
entre el polvoroso frescor del molino...

Detente, viajero!  
Sacude tus viejas sandalias gastadas  
en las piedras de tanto sendero  
y entre el polvo de tantas jornadas!

Estás en tu valle. Contempla á lo lejos  
de la aurora á los claros reflejos,  
humeando, tu hogar, entre flores...

¿No llega á tu oído,  
en la brisa, un cantar conocido  
que te evoca remotos amores?

Al mirarte cruzar la llanura  
el labriego su paso detiene...  
Te saluda y, muy quedo, murmura:  
—¡Qué delgado y qué pálido viene!  
.....

La casa despierta...

Abierta  
se ve una ventana...

Y entre los doseles  
de la enredadera,  
una mano de nieve, ligera,  
riega un tiesto de rojos claveles.



# LA CASA MUERTA

À FRANCISCO VILLAGÓMEZ

Entre negros cipreses  
blanquean las paredes de la casa

Está desierta...

Sobre

la ojiva del balcón, ya no se alza  
del escudo de mármol  
la heráldica cimera empenachada...

Está ya muerta

Nadie

se asoma á las ventanas...

¡Detrás de los cristales ya no cosen  
aquellas manos blancas!...

Muda, bajo la sombra  
de los altos cipreses, solitaria,  
la casa es una tumba  
en viejo cementerio abandonada...

Sólo á la media noche, cuando muere  
la última vibración de las campanas,  
cruza por los jardines silenciosos  
una legión de sombras enlutadas,...

¡Pobres muertos queridos, pobres muertos,  
volved á vuestras tumbas solitarias!

El escudo de piedra han arrancado  
manos pebleyas, y plebeyas plantas

profanan el silencio aristocrático  
de las antiguas y grandiosas salas,  
donde al son del pausado clavicordio  
y á la luz de las trémulas arañas,  
copiaron las doradas cornucopias  
vuestras nobles pelucas empolvadas!

Sierra de la Alpujarra, Noviembre 1903.



# ÍNTIMA

A TRINDADE COELHO

Por el balcón abierto, sobre la noche en calma,  
penetra tembloroso un rayo de la luna,  
envolviendo la estancia melancólica, en una  
claridad que parece la claridad de un alma.

El silencio se escucha. En la brisa dormida  
vuela una ténue esencia, un perfume bendito  
que recuerda aquel vago perfume favorito  
de alguien que en nuestros brazos abandonó la vida.

Se oye el más leve ruido, el más ténue... La hoja  
de un libro que se vuelve, la flor que se deshoja...  
Es hora en que el poeta sobre el papel se inclina

á la luz de la lámpara, y sollozando escribe  
la canción más doliente á la sombra divina  
de aquella que ya sólo en sus recuerdos vive...

Laujar, Septiembre 1903.

# PÁGINA BLANCA

Á JUSTINO DE MONTALVAO

Nieva...

La nevada  
se detiene lenta  
sobre los tejados  
humeantes...

Nieva.

A través del velo  
que en el aire tiembla  
de espuma y de encajes  
son las arboledas.

Y los copos trémulos  
al caer, semejan  
lluvia de azahares,  
mariposas muertas.

Las voces se apagan...  
Tienen la incoherencia  
de palabras dichas  
entre sueños.

Ciega  
el paisaje.

El alma  
de blancura enferma,  
se duerme en un sueño  
de eterna pureza...

¡Oh, cándidas frentes  
de azahar cubiertas!...

La tarde agoniza...  
¡Parece la tierra  
—bajo la nevada—  
una novia muerta!

Laujar, Diciembre 1903.



# ROMANZA SIN PALABRAS

A JULIO CAMBA

En horas de silencio, una voz desterrada  
de la vida resuena sin cesar en mi oído,  
y oyéndola se queda mi corazón dormido  
y el alma en un ensueño de amores encantada .

Es una voz antigua, de besos perfumada,  
oración sin palabras, música sin sonido,  
que repite en mi espíritu, como un eco perdido,  
la ternura infinita de aquella voz amada . . .

Me envuelve en su caricia fugitiva. Bendice  
mis quimeras nocturnas. Yo no sé lo que dice...  
Sólo sé que de ella, mi amor piedad espera;

que és tan suave y dulce, tan tierna y dolorida  
que la escucho, llorando, y oyéndola quisiera  
cerrar eternamente los ojos á la vida.

Lisboa, Agosto 1904.



# OTOÑO

Á MARCELINO MEZQUITA

Otoño en el paisaje,  
Chopin en tu piano...

En la brisa hay perfumes  
de lágrimas... El hálito  
de algún rosal que el viento  
deshoja en el cercano  
jardín...

El cielo cruza  
un fugitivo bando  
de golondrinas...

Muere  
sobre tu seno un ramo  
de jazmines...

Se extingue  
por los valles lejanos  
un largo y lento doble  
de campanas.

Y un rayo  
humilde y temeroso,  
de sol poniente, entrando  
por el balcón enciende  
de luz el empolvado  
oro de tus flotantes  
cabellos destrenzados...

Otoño en el paisaje,  
Chopin en tu piano...

Córdoba, Octubre 1902.





# ROSA DEL CAMINO

A LEÓN COCA

Es una noche eterna tu destino.  
El sendero ha borrado la nevada.  
No arde un astro, ni alienta tu jornada  
la clara luz de algún mesón vecino.

Silencio y soledad en tu camino.  
Nadie al final espera tu llegada. . .  
¡Sobre la tierra de los hombres, nada  
alegrará tus ojos, peregrino!

¡Oh, divina ilusión! Cruzaste un día  
del brazo de una amante compañía  
una senda florida y luminosa...

¿Ensueño ó realidad? dí, pasajero...  
El eco dice: Sólo fué una rosa  
que aspiraste á la vuelta de un sendero.

Tetuán, Junio, 1904.

# SOMBRA

A AUGUSTO GIL

En las horas más tristes  
de la vida, te siento  
acercar á mi oído  
tus suaves labios trémulos,  
y decirme, tan bajo  
como en un pensamiento:

—«¡La hora ha sonado... Espera...  
Ya se acerca...

La veo

alzar en la llanura  
su humareda de incienso.

Deshojan sus sandalias  
los rosales del huerto...

Desempolva su túnica  
los antiguos espejos,  
y se acerca, á besarte,  
con los brazos abiertos!»

Y al levantar la vista  
siento como un pequeño  
rumor de seda que huye,  
y miro en el espejo  
esfumarse su sombra  
igual que un pensamiento.

# AURORA TRISTE

Á ALEJANDRO SAWA


Bajo la luz del alba dormita el caserío.  
Un buey muge. Un gallo canta. La golondrina  
en las floridas rejas de la ventana, trina  
agitando las alas bañadas de rocío.

Silenciosas las sendas, y las ventanas todas  
sin luz... Una tan sólo fulgura iluminada...  
¿Un poeta que escribe canciones á su amada  
ó una novia que cose su vestido de bodas?

Sobre el pueblo dormido y las calles lejanas  
cruza un lento y severo plañido de campanas  
que en los remotos valles, temblando, va á extinguirse.

La luz azul y trémula de la aurora ilumina  
á algún pálido rostro que, llorando, se inclina  
á cerrar unos ojos que jamás han de abrirse.

Laujar. Septiembre 1903.



# SOLEDAD

Á CARLOS MALHEIRO DÍAS

La luz verde, al filtrarse  
por la persiana abierta,  
daba al salón un húmedo  
reflejo de caverna.

Yo solo...

Sonreía  
á una esperanza vieja  
que siempre en la penumbra  
de algún rincón me acecha

para brindarme el fruto  
de alguna dicha nueva...

Y le dije á la sombra:  
—¿Por qué lejos? Acerca  
tus labios á mi oído  
y háblame, bajo, de ella...  
¡tan bajo que ni el viento  
averiguarlo pueda!—

En la estancia vecina  
despertaron las teclas,  
y su doliente música  
me evocó la tristeza  
de los niños que lloran  
por cojer una estrella...

El Pardo, Septiembre 1902.

# INTERIOR

À ALFONSO LÓPES VIEIRA

Aquí el sillón donde bordar solía  
de las noches de invierno en la velada.  
La frente entre las manos apoyada,  
yo á la luz de la lámpara, leía.

Cansado, la lectura interrumpía  
y, sonriendo, alzaba la mirada...  
Ella á veces, mirándome extasiada,  
—la aguja entre los dedos—sonreía.

Ahora también parece que la espera  
el vacío sillón, allá en la sombra.  
La lectura interrumpo. . . El alma entera

palpita de impaciencia en mis oídos,  
esperando sentir sobre la alfombra  
el ligero rumor de sus vestidos.

Laujar, Diciembre 1903.

# TRISTITIÆ RERUM

Á GUGLIELMO FELICE-DAMIANI

A través del paisaje que la lluvia desluc  
pasa una lenta vaca.

Un niño la conduce

al establo.

La bestia su alta cerviz levanta...

Muge maternalmente.

El zagal ríe y canta.

Los ojos de la vaca reflejan la tristeza  
del otoñal crepúsculo que á declinar empieza.

Los del niño los sueños de un alba color rosa . . .

Entre las vagas nieblas de la tarde lluviosa,

de la pesada esquila al son ronco y doliente,

camino de la aldea se alejan lentamente,

á su paso dejando en el aire sereno

un eco de amargura y un fresco olor á heno . . .

La luz se va . . .

El confuso paisaje se obscurece.

Un rumor de hojas secas el silencio extremece.

Una campana tañe en la iglesia vecina . . .

A lo lejos un carro quejumbroso rechina,

dejando ver á veces, en las veredas solas

temblar, sobre los charcos, la luz de sus farolas . . .

Encendamos la pipa.

¡Alegre tabernera

que eres en este Otoño como una Primavera

de ensueños florecientes y de inmortal fragancia,  
en mi vaso, de nuevo, tu rojo vino escancia!

Cesó el viento... No llueve... El silencio es profundo.  
¡Parece que, cansado, de llorar, duerme el mundo!

Ya á través del borroso cristal no se ve nada...  
¡Errante peregrino, descansa en tu jornada!

Es hora de que olvides que ya nadie te espera,  
que no hay ojos que velen tras una vidriera

por tí, que ya no tienes en la senda sombría  
de tu Otoño, ni un dulce labio que te sonría...

Villa do Conde, 1904.



# NOSTALGIA

Á JACINTO DE GRAU

¡Todo se halla lo mismo! La almohada  
donde inclinó la moribunda frente,  
allá en el fondo de la alcoba, siente  
nostalgias de cabellos de otra amada.

La luna polvorienta y empañada  
que reflejó su palidez doliente,  
mañana ha de copiar, indiferente,  
de alguna nueva amante la llegada.

¡Nadie se acuerda de la pobre muerta!  
Sólo cuando la luz solar espira  
y el viento agita la ventana abierta,

se estremecen las teclas, y el piano  
parece que, nostálgico, suspira  
buscando las caricias de su mano.

Laujar. Julio 1904.

# LA ELEGIA DE LA CASA

Á LUIS HUERTOS

Sin ella ¡qué triste  
está nuestra casa!

La sonrisa ha huido  
de los labios...

Lágrimas,

suspiros, sollozos,  
las puertas cerradas...

¡Parece un sepulcro  
nuestra vieja casa!

Cuando nos sentamos  
á la mesa, pálidas  
las tristes mejillas,  
los ojos con lágrimas,  
al mirar su asiento  
vacío, en voz baja  
todos sollozamos:  
—¡Allí se sentaba!...

Silencioso, á veces  
penetro en su estancia,  
creyendo que en ella  
soñando me aguarda,  
sonriente el labio,  
las manos cruzadas,

y la cabellera  
negra destrenzada  
sobre la blancura  
de las almohadas.

Del clave las viejas  
teclas empolvadas  
aun las tenues huellas  
de sus dedos guardan;  
y un libro de versos  
conserva en sus páginas,  
el triste perfume  
de su última lágrima

A veces, la niña  
llorando la llama.

La busca en la alcoba  
donde ella bordaba,

y me balbucea  
con su rota charla:

—Mamá se ha escondido...  
¡Dile tú que salga!...

Sin ella ¡qué triste  
está nuestra casa!

Laujar, Marzo 1904.



## ELEGÍA

Á HERACLIO PÉREZ PLACER

Yo con mis propias manos temblorosas  
de un humilde sayal de penitente,  
vestí su cuerpo y la cubrí de rosas.

En la almohada recliné su frente,  
cruce sus manos pálidas...

Gemía  
en el silencio del salón desierto  
la ronca voz de la tristeza mía:  
—Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

Murió tu amor en plena primavera  
entre luces y cánticos y flores;  
y ha muerto cuando era  
del rojo sol de Junio á los fulgores,  
un ensueño de amor la tierra entera!

En la calle el confuso mar humano  
cruzaba lento y sórdido.

Gemía  
de Schuber la inmortal melancolía  
en las lejanas notas de un piano.

De los cirios las llamas temerosas  
temblaban en el viento, y de la estancia  
perfumaba el sopor una fragancia  
de muertas carnes y de mustias rosas.

Y un niño, tras la clara vidriera  
asomando la faz llena de espanto,

á otros le dijo, con la voz de llanto:

—Mirarla muerta... ¡Qué bonita era!

Todos se fueron.

Sin cesar gemía

en el silencio del salón desierto

la ronca voz de la tristeza:

—Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

Laujar, Febrero 1901.



# VOZ MUERTA

Á LEANDRO RIVERA

¡Adiós! me decía  
su boca entreabierta,  
buscando la mía.

Y una voz incierta  
que apenas se oía:  
¡Adiós! repetía.

Sobre la almohada  
la faz demacrada  
y amarilla, era  
de cera . . .

Su mano, ya fría,  
crispada, insensible,  
cojida á la mía,  
como si quisiera  
que la defendiera  
contra lo invisible.

Pálida é inerte  
ya no respiraba...

En la calle aullaba  
un perro á la muerte.

Sus ojos abiertos  
mis besos cerraron...

¡Pobres ojos muertos  
que tanto lloraron!

---

¡Adiós! aun gemía  
su boca entreabierto  
buscando la mía;

y una voz ya muerta  
que apenas se oía:  
¡Adiós! repetía.

Laujar, Agosto 1903.



# OCCEANO

A JUAN BAUTISTA AMORÓS

Todo ha muerto, alma mía...

Otra vez estás sola...

Cálzate las sandalias, peregrino.

Empuña tu bordón.

En la remota

iglesia, una campana está doblando...

En el trémulo Oriente el alba asoma.

Vuelve al camino gris...

Vuelve la tierra

ágrica á pisar...

Vuelve en la noche lóbrega,

de algún mesón á golpear las puertas  
con tu pálida mano temerosa...

Camina...

Un solo instante  
has dormido á la sombra  
de un naranjo florido, sobre el seno  
de una púdica virgen soñadora.

Un instante no más, tu sed de besos  
has saciado en su boca  
sonriente...

Un instante entre tus manos  
retuviste sus manos temblorosas...

Y un instante, á los rayos de la luna,  
por las fragantes sendas silenciosas,  
caminaron felices y olvidadas  
y fundidas en una, vuestras sombras...

Todo ha muerto, alma mía...  
Otra vez estás sola...

Vuelve de nuevo a caminar, buscando  
las flores de una primavera ignota...

Los perros ladrarán cuando tu pases  
en las tardes de Mayo rumorosas,  
por las blancas aldeas, escondidas  
entre verde misterio de las frondas...

Ya no tienes ni un palmo de terreno  
donde dormir tus sueños...

De limosna  
será el lecho que calme tus cansancios,  
el agua que te dén y el pan que comas...

Y alguna tarde, en medio del desierto  
ó en el claro del bosque, acaso oigas,  
como un himno de triunfo y de esperanza  
resonar para tí la última hora...

Todo ha muerto alma mía...  
Otra vez estás sola...

Oceáno Atlántico. A bordo del «Cordillère», Agosto 1904.

## TEDIO

Á FRANCISCO CAMBA

Persiguiendo mi sombra, en busca del olvido,  
el monte, la llanura y el mar he atravesado.  
Mis sandalias el polvo del camino han gastado,  
y al viento y á la nieve mi cuerpo ha envejecido.

La boca que he besado, la fuente en que he bebido  
al roce de mis labios sedientos, se han secado;  
y tantos peregrinos cayeron á mi lado,  
que no sé si he soñado vivir ó si he vivido.

A qué seguir? Hoy cifro mi espezanza postrera,  
bajo este rosal mustio, en un sueño infinito,  
ver cruzar de las manos las horas silenciosas,

con los ojos inmóviles, hasta la primavera  
futura, en que mi cuerpo, como un rosal marchito,  
resucite á la vida y se cubra de rosas.

Quinta das Lagrimas (Coimbra), Agosto 1884.

# EN LA SOMBRA

A MODESTO PINEDA

¡Llegarás!...

Una noche  
de invierno, larga y lenta,  
oiré el golpe medroso  
de tu mano en mi puerta,  
mientras la luz agónica  
de la lámpara tiembla.

Entrarás silenciosa  
como un fantasma, envuelta

en el negro sudario  
de las casas eternas;  
y con voz sin palabras  
murmurarás inquieta:

—«Prepárate...

La hora  
de la marcha se acercá.

La última campanada  
de las doce resuena,  
y mis negros corceles  
relinchan de impaciencia!»

¿Dónde iremos perdidos  
en un mar de tinieblas?

¿De qué ciudad lejana  
nos abrirán las puertas?

¿Florecerán las rosas  
de alguna aurora nueva,  
ó viajaremos siempre  
por una noche eterna?

¡Responde, misteriosa,  
negra sombra encubierta,  
que tras de los cristales  
de mi ventana, acechas  
á que el postrer reflejo  
de mi lámpara muera!

Tánger, Julio 1904.



## TERMINUS

Á BIAGIO CHIARA

En un negro silencio me he perdido.  
La noche envuelve mi camino. Nada  
en la sombra percibe la mirada,  
ni el más leve rumor llega al oído.

No late el corazón, ni escucho el ruido  
que en las sendas produce mi pisada.  
¿Quién sabe, si al final de la jornada,  
la propia obscuridad será el olvido?

Sin sentir, sin pensar... Estoy más muerto  
que los que el mármol del sepulcro encierra.  
Y soy en la aridez de este desierto

el sueño de algún alma desterrada  
que cansada de andar sobre la tierra  
regresa á los misterios de la Nada.

Madrid Diciembre 1904.

FIN







